

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

Noviembre de 1938

Núm. 161

Puntos de vista

Alfonsina Storni y otros...

CON Alfonsina Storni, la delicada poetisa, son ya tres los escritores argentinos que han cortado voluntariamente, en este último tiempo, toda conexión con el mundo de los vivos: Horacio Quiroga y Leopoldo Lugones son los otros... Quiroga padeció una cruel enfermedad y al salir del hospital, abandonado y en la miseria, optó por desaparecer. Lugones, enfermo de esa atroz dolencia del espíritu que nace de la incomprensión del medio, de la visión emporcada del medio, tanto en la política como en la frialdad intelectual, prefirió igualmente lanzarse solo, con un impulso voluntario, al vacío infinito. Alfonsina Storni siguió idéntico camino. En la orilla del Mar del Plata, cerca de sus últimos pensamientos, enferma y desgarrada por males muy hondos, tanto físicos como morales, se lanzó también en demanda de la infinita paz. Detrás de ellos quedaba el mundo fragoroso y egoísta del materialismo, entre sus bregas iracundas y sus indiferencias mortales. Nadie tuvo piedad de Quiroga, cuando éste, enfermo y derrengado por la pobreza, vagaba por las calles de Buenos Aires, mientras su Gobierno ciego para este artista, le dejaba perderse y lo que es peor, le dejaba ser un harapó. Cuando murió, cuando sus restos fueron llevados, por fin, al país nativo, Uruguay, al sitio en donde había sentido vibrar la vida de la creación literaria, aquel Gobierno recordó que había existido un escritor que se llamaba Horacio Quiroga, que había dado lustre y honor al país con sus libros y que le debía home-

najes y honores. El muerto volvía en una caja de madera de las selvas e iba camino del descanso que le negaron los vivos. Oficialmente se pronunciaron discursos inútiles, palabras inútiles, por representantes del oficialismo y con ello quedó saldada la deuda, que se creía contraída con el ilustre autor.

Lugones, con una vida literaria de las más altas de su patria también tuvo que luchar a brazo partido, ya en las postrimerías de su existencia, para no padecer esas urgencias vergonzantes para el artista. Pero el Estado tampoco se preocupó mayormente del autor. Luego de su muerte, la Cámara acordó homenajes especiales, una edición nacional de las obras del poeta y una pensión a la familia. Así ha ocurrido siempre en las democracias americanas con los hombres que luchan con armas menos eficaces que las de los políticos: con el pensamiento y las ideas. Mientras viven están obligados a luchar. Cuando sobresalen en sus tareas intelectuales, deben continuar luchando lo mismo que al comienzo y pasando, a veces, las más tristes humillaciones. Cuando mueren se le rinden honores brillantes. Todos quieren apoderarse del muerto para sacar beneficio de él. Entretanto, las páginas dolorosas de su vida sirven más tarde para que los biógrafos las utilicen en sus comentarios y las muestren como un ejemplo a los que se aprestan a luchar.

Alfonsina Storni vivió en amor de poesía desafiando todas las contingencias que son comunes a un escritor. Con menos fortuna material, quizá, porque su condición de mujer no tenía la fuerza y la voluntad combativa de la del hombre y no podía, por tanto, mezclarse en el torbellino de una pelea para la cual se requería energía constante. Sin embargo, desafió con su exigua naturaleza física los peligros y trató de vivir su vida plenamente. En la creación poética logró grandes éxitos. Tenía un emocionado fervor lírico y su verso, puro y finamente cincelado, colmaba en el corazón de las mujeres las insatisfechas opresiones del amor. En Alfonsina Storni cantaba también la trunca y dolorosa naturaleza que no ha sido feliz.

Cuando cayó enferma, sintió con aguda precisión la soledad irremediable. ¿A quién recurrir? La soledad para el artista es mucho más intensa y cruel que para otro cualquiera. Está agitada por la extrema sensibilidad, por la confrontación permanente de un medio siempre hostil a sus pensamientos. No le bastaba ya a Alfonsina su propia creación lírica. Aunque tenía valor para enfrentarse con las amarguras o con los desconocimientos, sufría ya de esa desesperanza que los años suelen, en los temperamentos muy sensibles, agudizar dolorosamente. No encontró otro camino a su liberación que entregarse voluntariamente a la muerte. Debemos suponer el drama de esa mujer, que entregó una vida entera a la alegría de crear, para, al término de ella comprobar que no era poseedora, ni siquiera de esas pequeñas satisfacciones materiales a que todo espíritu de selección se cree con lógico derecho. Estaba ya en derrota, sin duda, y no era posible tampoco rehacer un camino y recomenzar la jornada.

No vaciló. Tenía el mar a su alcance. Era allí en donde podría encontrar esa paz suprema que sus otros compañeros de sacrificios habían buscado en otros caminos, con definitivo renunciamento. Para muchos, estos actos representan el temor y la claudicación. Para ellos, que los cumplen, son la liberación, el hurtar a las contingencias brutales una sensibilidad iluminada por la evidencia de haber sido nobles y generosos en la entrega de todos los tesoros internos de emoción y no haber recibido en cambio, sino las frías manifestaciones de la cortesía. A veces ni siquiera eso. La indiferencia y la burla.

Triste destino el de los artistas en tierras como las americanas, todavía prendidas al pesado carro de los intereses materiales inmediatos. El arte se cotiza poco y los que a él le entregan sus energías y toda su vida, están expuestos, a menudo, a vivir como mendicantes, o como esos insectos oscuros que en la noche iluminan el ámbito con su propio cuerpo y a los cuales basta una sola racha áspera y grosera para dejar agonizando sobre la hierba.